

b) Y, por otro lado, el *reconocimiento responsable* “*a posteriori*” de determinados efectos secundarios no deseados que, como ahora ocurre en Anders, permite fomentar ante las máquinas y los demás productos técnicos un *negativismo inconformista* aún más radicalizado.

En este sentido ahora en la *Introducción* se nos muestra cómo Anders nunca abandonó a lo largo de su posterior trayectoria intelectual esta inicial *antropología negativa* de sus primeros proyectos sistemáticos de largo alcance, aunque después nunca más volviera a reflexionar sobre estas iniciales propuestas de juventud.

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra
cortiz@unav.es

ANRUBIA, ENRIQUE

La herida y la súplica. Filosofía sobre el consuelo, Thémata, Sevilla, 2013, 139 pp.

No es frecuente encontrar libros de Filosofía tan interesantes, en el sentido más literal de la palabra: libros que, como es el caso de este, involucren al lector, le interpelen y remuevan sus entrañas hasta lo más íntimo. No es éste un libro de Filosofía al uso, en el que brillen la sistematicidad, la claridad y la distinción. No porque carezca de ellas, aunque podría ser más sistemático y más claro, sino porque sirven en lo oculto al propósito de la obra, mientras que varias analogías de gran riqueza y diversos ejes discursivos se entrecruzan para formar un hermoso tejido, lleno de matices y texturas, de contrastes y expresividad, que llama al lector y le invita a participar en la reflexión. Lejos de ser una obra meramente expositiva, el texto cuestiona nuestras ideas previas, nos obliga a replantearnos las bases pacíficamente asumidas y casi podríamos decir que nos fuerza a participar en un viaje de exploración del territorio, de nuestro propio territorio. ¿Se le puede pedir algo más a un buen libro de Antropología?

El autor centra el libro en la reflexión sobre la posibilidad del consuelo. Anrubia cuenta en su haber con varias publicaciones sobre el dolor, la enfermedad y la muerte consideradas desde un punto de vista antropológico. Esta obra es casi una continuación natural de esa reflexión: como expone el autor en su introducción, si el dolor es un hecho inequívoco, presente en la vida de los hombres de múltiples maneras, entonces la pregunta por la posibilidad del consuelo es no sólo legítima, sino muy relevante. Las posibles formas de consolación conforman el eje central del libro, que podríamos dividir en dos grandes partes: una primera, que podríamos llamar la vía estética, en la que el autor explora la posibilidad de encontrar el consuelo a través de las artes (capítulos 2 al 4); y otra segunda (capítulos 5 al 9) en la que se recorren la vía antropológica y, me atrevería a decir, metafísica.

En ambas partes se alternan dos ejes discursivos, si no tres. Siguiendo con la metáfora del tejido, el hilo conductor de la obra, base de la trama, es la discusión sobre el consuelo. Si consolar a alguien es posible, cómo es posible o en qué condiciones sería posible son las preguntas que llevan al autor a una reflexión sobre qué es el consuelo mismo, sobre qué significa ser consolado. Este hilo conductor se entrelaza con una reflexión subyacente sobre el dolor humano, reflexión que aflora a lo largo de toda la obra como contrapunto a la discusión sobre el consuelo. Y aún podríamos distinguir un tercer hilo, más sutil pero no por eso menos relevante para el resultado final. El autor no oculta que esta reflexión sobre dolor y consuelo bebe de sus intereses personales y tiene por ello un carácter profundamente vital.

La reflexión sobre el consuelo en la primera parte del libro es muy elaborada. El autor recorre la forma en que se expresa el dolor en la pintura, la música e incluso la arquitectura analizando obras concretas bien conocidas. El arte, afirma el autor, es una “condensación de la vida”, “experiencia o vida concentrada” (p.27). Las obras de arte son la plasmación material de una interpretación en la que vivimos y, por eso mismo, son articulaciones de sentido, expresiones de significado, que significan al realizarse y al contemplarse. El autor explica cómo buena parte del dolor procede precisamente de la falta

de sentido, total o parcial, que se da en las situaciones de dolor, en la muerte de un ser querido o la enfermedad de una niña. El arte aparece a la vez como articulación del sinsentido y como intento de dotar de sentido: como expresión del horror ante el dolor, tanto en el grito como en el silencio; y como revelación, como “reposición del mundo” (p.36). En cualquier caso, parece que el autor se inclina finalmente por la insuficiencia de la vía estética, incapaz de dotar de sentido por sí misma.

Después de un breve capítulo de transición, en el que el autor apunta al fracaso del arte en su intento de consolar, la segunda parte del libro se centra en la posibilidad del consuelo en la redención del dolor por el amor. No es nuevo el tema y, sin embargo, estos capítulos no carecen de originalidad en el planteamiento y en la argumentación. El autor plantea que, del mismo modo que existir para el ser humano es “ser hecho”, consolar se dice en pasiva: consolar es “ser consolado” con diversas variantes: recibir la ternura, ser acariciado, ser visto, ser acompañado, ser recordado son formas de ser consolado por quienes nos aman. Porque, si el dolor es la distancia que tiende sin éxito a la unión, todas esas formas de presencia, de unión con el otro, en una u otra medida, son consuelo.

No es fácil hacer justicia a un libro de este estilo con una descripción necesariamente breve. Como decía antes, este libro destaca por su riqueza argumentativa, lo que hace que se disfrute su lectura. A lo largo de estas páginas, el autor incluye referencias al mundo de la pintura, la escultura, la arquitectura, la música e incluso el cine; pero también a la mitología y a los mejores de los clásicos griegos y latinos, sin descuidar los análisis más contemporáneos de los temas tratados. La riqueza de la argumentación hace que la lectura sea deliciosa, aunque no sencilla. Es un libro barroco en el mejor de los sentidos: frondoso, poblado de significaciones, de escorzos y claros-curos que alumbran las tesis para el lector. Una lectura profundamente filosófica y muy enriquecedora.

Encarna Llamas. Universidad Cardenal Herrera CEU
encarna.llamas@uch.ceu.es